

V Jornadas de Investigadorxs en Formación
Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES)
Ciudad de Buenos Aires, 7, 8 y 9 de octubre de 2020

EJE 13. Las formas de lo político en la literatura sudamericana contemporánea

Resignificación del exilio-desexilio en *El común olvido* (2002), de Sylvia Molloy

Carlos Martín Rodríguez¹

Resumen

Edward Said marca una diferencia tajante entre los exiliados y los expatriados que se van de su país por razones “no políticas” y voluntarias a la vez que sostiene, en *Reflexiones sobre el exilio* (2005), que “El exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza” (p. 179). Ésta aseveración pondría considerarse la noción “canónica” de *exilio*.

Según Mertz-Baumgartner, la noción canónica de *exilio* supone una pertenencia cultural inalterable que implica a la vez una dicotomía entre un “yo” y un “otro” (“conceptos identitarios dialécticos”). Esta concepción se encontraría superada a partir de los estudios poscoloniales los cuales piensan la cultura desde sus diferencias internas y las oposiciones binarias como meras producciones discursivas. A partir de esta lógica el encuentro entre dos culturas supone, entonces, un proceso de negociación y traducción mutua.

Por otra parte, Mario Benedetti (1983) entiende el término *desexilio* en tanto instancia en donde el exiliado, teniendo la posibilidad de regresar a su patria, sufre la angustia de abandonar el país que lo ha acogido. Así, el *desexilio* se presenta como una nueva instancia de *exilio* aún más angustiada que la primera puesto que el tiempo transcurrido en el extranjero consigue generar

¹ Licenciado en Letras Modernas, Becario doctoral de la Secretaría de Ciencia y Tecnología (SeCyT) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), rodrigueztrillo@gmail.com

en el sujeto una impresión positiva del país acogedor que actúa como alternativa al dolor asociado a la patria.

En el trabajo que nos ocupa abordaremos críticamente la novela *El común olvido* (2002) de la escritora argentina Silvia Molloy a la luz de la noción *desexilio*. Será una primera parte de un abordaje más extenso que toma en cuenta, además del desexilio, ciertos procesos de asimilación cultural por parte del sujeto exiliado.

Palabras clave: Exilio - Desexilio - Sylvia Molloy - Posmodernidad

Introducción

Tras el golpe militar de 1973, Mario Benedetti se vio obligado a transitar la experiencia del exilio que lo llevó por diferentes países latinoamericanos y europeos, entre ellos la Argentina y España. Entrados los años 80, y ante los inminentes regresos de las democracias latinoamericanas, la oportunidad del retorno se hizo plausible para quienes habían sido obligados –directa o indirectamente- a abandonar su país. En este contexto, Benedetti reflexiona acerca de los deseos contrapuestos de muchos exiliados que vivieron la posibilidad del regreso y la consecuente pérdida del espacio del exilio como el origen de un estado emocional de angustia a la que denominaría *desexilio*.

Dos décadas después, la autora argentina Sylvia Molloy publica su novela *El común olvido* (2002) narrando los acontecimientos en torno a su protagonista, Daniel -un argentino que ha transcurrido la mayor parte de su vida en Estados Unidos- y su regreso a Buenos Aires. La novela está dividida en dos partes que dan cuenta de una tensión entre espacios, memorias e identidades como eje semántico articulador de las diferentes situaciones por las que atraviesa Daniel en su estadía porteña. En el presente trabajo nos detendremos a pensar la primera parte de la novela de Molloy y a su protagonista, en tanto sujeto atravesado por una instancia de desexilio que le impide percibir el espacio natal como portador de emociones positivas.

Desde luego, entre el surgimiento del concepto desexilio y la novela de la autora argentina operan veinte años de transformaciones políticas, sociales y culturales que atravesaron la realidad internacional y local por igual. Es así que atenderemos a las particularidades contextuales que nos permitan entender los matices que el desexilio adopta en los primeros años del siglo XXI en relación a su formulación primera.

Este trabajo se enmarca en un abordaje mayor que explora ambas partes de *El común olvido* (2002) sumando para su análisis conceptualizaciones que nos permiten pensar en ciertos procesos de asimilación cultural y problematización identitaria por parte de los sujetos exiliados-desexiliados. Todo lo cual forma parte de nuestro trabajo doctoral –el cual incluye en su corpus otros tres narradores argentinos de las décadas del 80, 90 y 2000- desarrollado actualmente en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba con beca de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la misma Universidad y en el marco del equipo de investigación “Canon y margen en el sistema literario argentino desde 1940 al presente. Espacio literario y devenir de otredades e identidades culturales”, con sede de trabajo en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFYH-UNC).

El desexilio

Una de las características definitorias del *desexilio*, de acuerdo a la categorización esbozada² por Benedetti, es el acostumbramiento del sujeto³ al nuevo entorno que lo rodea y, en muchas oportunidades, también lo cobija. Desde esta interpretación, algunos exiliados encuentran en la cultura del país en que viven su *exilio* un contexto ameno para desarrollar sus vidas y proyectos. Así, la realidad en el país extranjero, que al principio puede mostrarse distante y extraña, paulatinamente va transformándose hasta adquirir un matiz menos traumático y más cercano a la seguridad de lo conocido y cotidiano.

A esta situación bien podría oponerse el total desconocimiento de la tierra natal que, aunque reconocida por informes de prensa y comentarios, ya no constituye una realidad vivenciada por el individuo sino que se presenta como una instancia mediada, carente de todo anclaje experimental. De acuerdo a Benedetti, de la misma manera que la noción de patria -y la afectividad a veces asociada a ella- no puede limitarse a meros aspectos simbólicos, tampoco

² Este concepto no ha merecido demasiada atención por parte de la crítica especializada, por lo cual el material teórico al respecto es sumamente escaso. Luego de la aparición de este término en la novela *Primavera con una esquina rota* (1982), Benedetti apenas volvió a trabajarlo. Podríamos mencionar el artículo periodístico “El desexilio”, publicado en el diario *El país* el 18 de abril de 1983; *El desexilio y otras conjeturas* (1984) y la novela *Andamios* (1996) como algunas de las principales producciones del escritor y poeta uruguayo en donde surge, explícita o implícitamente, la noción desexilio.

³ Cabe aclarar que Benedetti no lleva a cabo una exploración sociológica previa a la elaboración del concepto desexilio. Esto es que no asume el hecho de que todos los exiliados sufran el mismo proceso ni que un porcentaje más o menos determinado -fuere cual fuese ese porcentaje- pudiera sufrirlo. Su abordaje no implica, entonces, una concepción científica en torno al exilio y el desexilio, sino la elaboración de una categoría que dé cuenta de una serie de hechos puntuales acaecidos a la luz del incipiente regreso de las democracias en Latinoamérica.

el país que acoge al exiliado es para el sujeto simplemente una circunstancialidad cronológico-espacial, sino que se encuentra atravesado por connotaciones que, si bien en un principio pueden no resultar del todo positivas, en algunos casos con el tiempo comienzan a tornarse sumamente satisfactorias.

También es cierto que no siempre el exiliado vaga de nación en nación, sino que en numerosas oportunidades el sujeto desterrado encuentra en la nación extranjera que lo recibe un verdadero aliciente a su angustia a partir de la fraternidad y compañía de los sujetos con que allí se encuentra. Además, y de manera complementaria a lo anteriormente expuesto, al ser provocados por fenómenos político-sociales complejos, resulta frecuente contar la duración de los exilios en término de años, lo cual somete al exiliado a una estancia prolongada en el país que lo recibe. Desde el punto de vista del desexilio, estas situaciones aportan al exiliado una mayor seguridad y un sentido de pertenencia profundamente acentuado para con el país que lo ha acogido.

En este contexto, el retorno al espacio de origen y el consecuente abandono del lugar del exilio no supondrán para el sujeto un pasaje mecánico exento de contrariedades y contradicciones, sino que implicará un proceso de reasimilación a la especialidad de origen puesto que ambos, sujeto y espacio, no serán los mismos que fueron. Esta reasimilación supone un doble trabajo: por un lado, el individuo debe abandonar el espacio del exilio, asociado ya, tras el tiempo transcurrido, en un lugar atravesado por connotaciones positivas para, por otro lado, regresar a una espacialidad que provoca un fuerte extrañamiento en el sujeto debido no solamente a los cambios que el paso del tiempo trajo irremediamente aparejados (a los que podríamos denominar *cambios externos*), sino también a un modo diferente de percibir la realidad que lo rodea (a estos últimos podría caberle la denominación de *cambios internos*). Desde este punto de vista, no resulta arriesgado sostener que, tras la vivencia del ostracismo, el sujeto desexiliado no regresa a su patria con la misma percepción de la realidad que lo caracterizó hasta el momento de partir de su espacio natal, sino que la experiencia de la lejanía, sumada a la necesidad de amoldarse a una nueva cultura con todos los intercambios humanos que ello supone, hace de su modo de percibir el espacio circundante y sus vicisitudes una variante atravesada por nuevas categorías de análisis y asimilación. Estos cambios, ya sean externos o internos, confluyen a la hora de hacer del regreso a la patria un proceso signado por el extrañamiento y la pérdida de certezas.

Vale así mismo destacar que, de acuerdo al autor, la instancia del desexilio, en cuento a lo que hemos dado a llamar *cambios externos*, implica también una instancia en la cual el desexiliado

debe encontrarse con, por un lado, lo que de él piensan aquellos que en vez del exilio prefirieron la resistencia en el territorio y; por otro lado, con las consideraciones que pudieran sostener acerca del dolor del desexilio los otros exiliados que experimentan el regreso a la patria como una instancia positiva y anhelada.

El regreso del desexiliado es, entonces, una circunstancia fuertemente cargada de la intolerancia de aquellos que emprendieron el camino del exilio y de los que se quedaron en la patria: tanto unos como otros, a partir de ópticas y experiencias diferentes, aplican una fuerte condena moral al desexiliado. De esta manera, muy bien puede entenderse la sensación de extrañamiento que atraviesa la instancia del desexilio, ya que el regreso al país natal supone para el sujeto el encuentro con una realidad carente de pares, en donde a la añoranza por la tierra que se dejó atrás se suma la hostilidad de aquellos que establecen una relación de igualdad entre *desexilio-cobardía-apatía*.

Todos estos factores son tenidos en cuenta por Mario Benedetti a la hora de describir la situación de muchos exiliados frente a la posibilidad del regreso a la patria. El escritor uruguayo piensa así en este retorno como en una especie de nuevo *exilio* tan traumático como el primero en donde, además, se debe cargar con la culpa de sentir aquello que no se debería sentir: la angustia por el retorno y el adiós al país acogedor.

Problematizar-contextualizar el desexilio: fines del S. XX y comienzos del S. XXI

Para pensar críticamente el desexilio, resulta necesario reflexionar en torno a los exilios en tanto categorías teóricas con implicancias conceptuales y límites semánticos específicos que delimitan su espectro. El abordaje más frecuente de este término se vincula con una dimensión marcadamente ideológico-política. Así, el exiliado suele responder al modelo de un sujeto que, perseguido por una adscripción, manifiesta o sospechada, a algún movimiento crítico al régimen político de turno, debe salir obligadamente de su lugar de origen a los fines de conservar su vida y/o libertad. Los lindes semánticos que Benedetti reconoce en la categoría exilio a la hora de pensar en el proceso de desexilio responden a estos criterios, máxime si se toma en consideración el contexto latinoamericano imperante en la década del 80, del cual el propio autor no se encontraba exento.

Sin embargo, el paso de las décadas ha dado lugar al surgimiento de nuevos ordenamientos político-sociales que trajeron consigo renovadas maneras de pensar al hombre en relación a su espacio y tiempo. De esta manera, la noción de exilio unívocamente entendida como

consecuencia de un proceso de violencia política debe, al menos, escudriñarse nuevamente a los ojos de una nueva temporalidad que entraña diferentes bemoles y matices cuyas características merecen ser atendidas.

La caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 puede pensarse como la representación simbólica de un orden mundial en crisis. La dicotomía entre occidente y oriente o capitalismo y comunismo queda -tal como se venía manifestando hasta entonces- disuelta a la luz de los acontecimientos que promovieron la reunificación de Alemania y aquellos que dos años después motivarían la disolución de la URSS. Se profundiza así un proceso de integración global que, si bien ya se venía acrecentando, en especial luego de la Segunda Guerra Mundial, muestra su fase más acabada con la expansión masiva de la tecnología digital, las telecomunicaciones y la economía global.

Esta situación implica un corrimiento sumamente marcado en lo que a lo político-ideológico respecta en relación a las décadas anteriores: si los años 60-70 estuvieron signados por la lucha idealista y los 80 por la paulatina concientización del fracaso revolucionario, la década del 90 será el tiempo de una conciencia políticamente apática y recelosa de los grandes compromisos ideológicos. Así, en este contexto Gianni Vattimo llegará a pensar en el *fin de las ideologías* (Vattimo, G. y Rovatti, P., 1988) a la vez que Francis Fukuyama pensará en el *fin de la historia* (Fukuyama, F., 1992) y el nacimiento del *pensamiento único*, por sólo aportar dos referentes ilustrativos de una nueva manera de concebir la ideología, la historia y el pensamiento político en el marco de la década de 1990.

Estas concepciones pueden pensarse en estrecha relación a un contexto de profundización de la Posmodernidad⁴ como modelo cultural reacio a las estructuras dicotómicas y de la conjunción razón-progreso como posibilidad de plenitud humana.

⁴ La discusión en torno a los orígenes cronológicos de la Posmodernidad es tan extensa como la bibliografía dedicada a este fenómeno epistémico. Algunos historiadores, como es el caso de Roa (1995) y Solernó (2013) suponen su surgimiento en el periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Estos autores piensan el holocausto como “(...) un punto en la historia en donde los medios por los cuales la emancipación del hombre se hace posible están destruyendo al mismo hombre” (Solernó, 2013, p. 140). Para otros intelectuales, en cambio, la Posmodernidad comenzó en la década del 60, con los movimientos estudiantiles, la revolución sexual y la cultura del hedonismo, de la libertad, el placer y el sexo como experiencia cotidiana, en la cual quedan abolidas las diferencias entre los sexos y las generaciones. Según Lipovetzky, la experiencia posmoderna estaría caracterizada por el predominio de lo psicológico sobre lo ideológico, de la comunicación sobre la politización, de la diversidad sobre la homogeneidad (Lipovetzky, 2002). Haya surgido en los años 40 o en la década del 60, y a pesar de los bemoles interpretativos, lo seguro es que en este fenómeno cultural se opera una fuerte ruptura con las aparentes seguridades y el afán de progreso dominantes en el paradigma moderno que veía en el hombre el instrumento constructor y potenciador de la sociedad y la historia.

Por otra parte, los entrecruzamientos entre Hombre y sociedad formulados por los movimientos filosóficos occidentales en auge durante la primera mitad del siglo XX se van diluyendo de manera ostensible en los últimos años del siglo. Por consiguiente, si para el Existencialismo resultaba fundamental la relación sujeto-sociedad en tanto el primero era responsable con sus actos del cambio o conservación de la segunda; y si para el Estructuralismo la subjetividad surgía a partir de un esquema de condiciones que la atravesaban, siendo el sujeto un ser cargado de sentido a partir de esa estructura; para el *Pensamiento débil*, de Gianni Vattimo, el sentido único del sujeto es deconstruido para pensar en los fragmentos de éste más que en su univocidad, a la vez que la ideología es percibida no desde una lógica de paralelas sino a partir de una trazado de transversalidades.

Cabe pensar también en el comienzo de un incipiente proceso de consolidación de las democracias latinoamericanas con el consecuente fin de las intervenciones militares y los regimenes de represión ilegal asociados a buena parte de estas hegemonías políticas, principalmente en el periodo comprendido entre las décadas de los 60-70. Por tanto, el exilio político por causas de violencias de Estado comienza a convertirse en un fenómeno cada vez menos habitual, al mismo tiempo que se desarrollan de manera sostenida instancias de revisión de los procesos dictatoriales y sus consecuencias sociales, tarea que se enmarca en la voluntad de sectores políticos, sociales e intelectuales de indagar críticamente la historia reciente en tanto memoria y producción colectiva.

Este contexto internacional puede complementarse con el marcado avance de políticas económicas de corte Neoliberal que desde la década del 70, y en especial durante los últimos diez años del siglo, se desarrollaron de forma sistemática en la mayor parte de los países occidentales. En este caso Argentina, al igual que Latinoamérica, no fue la excepción a la regla. Así, el país desarrolló desde mediados de los 70 hasta comienzos del siglo XXI un modelo económico caracterizado por la privatización de empresas públicas y el sistema previsional, la estatización de la deuda privada, la reducción de las estructuras estatales a su mínima expresión, la pseudo dolarización de su economía, la desregularización financiera, el congelamiento de los Convenios Colectivos de Trabajo y la creciente acumulación de la Deuda Externa en el marco de una economía de mercado. Todo esto como fenómenos característicos de un período signado por la tecnologización y el consumo, dos circunstancias que bien pueden pensarse en comunión con otro de los procesos que adquiere fuerte auge en el último decenio del siglo XX: la denominada “globalización”.

Tras más de diez años de fuertes políticas neoliberales, en las postrimerías del siglo y el comienzo del nuevo milenio, la economía argentina sufre una estrepitosa caída tanto en su relación con los mercados internacionales -a quienes resulta imposible saldar una deuda calculada en 144.000 millones de dólares- como en lo que respecta a la distribución interna, atravesada por altos índices de desocupación y trabajo informal. De esta manera, diciembre de 2001 deja a la historia reciente del país un saldo de 39 muertos, cientos de heridos y una crisis de representatividad política –por momentos casi rozando con la acefalía institucional- que puede muy bien ilustrarse con la proclama “¡Que se vayan todos!”, proferida con insistencia durante las manifestaciones públicas en el marco de la crisis político-económica-social que asoló a la Argentina durante aquellos años.

Este clamor popular vuelve a poner de manifiesto un cambio de paradigma notable en relación a los años 70 y 80: si en las décadas anteriores las ideologías eran el espacio en donde proponer, discutir y defender modelos democráticos de país, durante los últimos años de la década del 90, y con especial ahínco en los primeros del siglo XXI, serán asociadas de manera vehemente – aún con mayor insistencia que en otros contextos- a la corrupción y al mal manejo de la administración pública, lo cual pretenderá justificar la voluntad de una virtual expulsión de la clase político-dirigente de todos los niveles del Estado. A la par de esta situación, miles de ciudadanos argentinos consideraron una alternativa plausible al difícil contexto económico-social la salida del país con rumbo a Europa –principalmente España e Italia-, lo que en cierta medida implicó una réplica a la inversa del periplo inmigrante de sus ancestros.

De esta manera, si en las décadas anteriores las ideologías fueron el espacio para que desde la intersubjetividad el individuo pudiera construir marcos de acción colectivos, en el pasaje de siglo vemos un viraje que se aleja de lo político-ideológico para expresarse de una manera en la cual la colectividad se reduce a lo individual y lo político-ideológico a lo económico, entendiendo este último plano como dimensión inmediata de subsistencia individual.

En este contexto puede verse representada una nueva⁵ figura: el exiliado económico. Este actor se incorpora a la vida social argentina con perspectivas muy disímiles a las imperantes en los exiliados de décadas anteriores y en marcos político-sociales también divergentes que nos hacen imposible homologarlos pero sí pensarlos como reflejos cabales de los marcos políticos, filosóficos y sociales de sus tiempos.

⁵ Si bien la posibilidad de viajar a otro país para obtener una mejora en la condición económica siempre existió como alternativa a lo largo de la historia argentina, nunca como en este período la instancia de ese viaje se tradujo de forma masiva en necesidad inmediata de subsistencia.

El común olvido, de Sylvia Molloy

El protagonista de *El común olvido*, Daniel, un argentino que vive desde los doce años en Nueva York hacia donde partió desde Buenos Aires acompañado de Julia, su madre, debe regresar al espacio natal en un segundo intento por esparcir en el Río de la Plata las cenizas de su progenitora fallecida unos años antes.

A pesar de no haber una fecha específica del viaje que lo alejó de Argentina, por referencias explícitas puede inferirse que ocurrió poco tiempo antes del inicio de la última dictadura cívico-militar. Esta partida, según lo expresa el protagonista, nada tuvo que ver con un proceso de persecución política, sino que atendió a razones estrictamente familiares que él mismo se encargará de escudriñar y profundizar a lo largo de la novela. Sin embargo, no bien sucedido el golpe militar y comenzado⁶ el periodo de violencia estatal, los allegados de su madre en Norteamérica comienzan a asumir –hecho que ella jamás contradice– que la partida familiar de Buenos Aires tal vez haya implicado una especie de “anticipación” al contexto que se impondría tras la asunción de la Junta Militar⁷. Esta particular configuración de Julia en tanto sujeto que acepta para sí un lugar y un actuar que jamás ocupó ni llevó a cabo en el plano fáctico nos ejemplifica desde lo narrativo el carácter positivo que tuvo el compromiso político-ideológico durante los años 60, 70 y 80, frente al cual la salida del país por motivos de carácter personal podría haber adquirido un cierto halo de frivolidad.

En la novela de Molloy, Daniel recupera ese recurso falaz de Julia para pensarlo *no sólo* como un aspecto ilustrativo de la frivolidad de su madre, sino también como una estrategia utilizada por ella para representar la forma modélica que en el plano hipotético hubiese querido adoptar en caso de continuar viviendo en Argentina tras el comienzo de la dictadura, aunque esta postura, en realidad, no encerrara más que un juego de posicionamientos posibles en el marco de una circunstancialidad ajena⁸. Vemos entonces una diferencia entre lo que la madre hace y

⁶ En cierta medida también podríamos pensarlo como una continuidad más que como un inicio, tomando en cuenta el accionar de la Triple A durante el gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón.

⁷ Mi madre, que se había ido de la Argentina por razones diversas que nunca me quedaron demasiado claras pero que de ningún modo eran políticas, se reconfiguraba a la luz de los nuevos acontecimientos, como precursora. Te dabas cuenta de todo, supiste irte a tiempo, le decían, y a ella le resultaba difícil, por no decir imposible, resistir la tentación de reescribir su pasado inmediato dándose otro lugar en la historia. Lo que había sido sobre todo éxodo personal se transformaba, halagadoramente, en un imperativo ideológico (Molloy, 2012: 58).

⁸ (...) me digo que su reescritura de la historia no era simplemente un gesto vanidoso sino que respondía a una necesidad vital, la de dar cabida a su pasado argentino dentro de una perspectiva que solo adquirió

lo que el hijo supone que ésta debió de conjeturar a la hora de asumir un rol que no le pertenecía: la una ve en la identificación político-ideológica un factor de reconocimiento que implícitamente admite su importancia en el plano del quehacer social; el otro, por su parte, reconoce esa actitud como un hecho vanidoso que supone una alternativa más dentro de las infinitas posibilidades que admite el análisis de un pasado que no fue.

En estrecha concordancia con lo anterior, pareciera que desde la interpretación de Daniel el exilio habilitara la opción de reconfigurar algunos aspectos propios de la praxis individual en atención al cambio de contexto que supone la *salida forzada* de un país y el ingreso a otro. No tan sólo lo piensa en relación a su madre, sino también se siente capaz de hipotetizar esta posibilidad en su propia existencia: de haber transcurrido toda su vida en Buenos Aires, ¿Se hubiera atrevido a vivir libremente su homosexualidad o la hubiese escondido tras la imagen de una mujer y una familia?⁹ Así, el exilio se presenta como el espacio en donde es posible establecer tanto un relato de lo vivido que sea socialmente valorado como también la consecución de un proyecto vital concordante con los propios deseos y preferencias. En contraposición, Buenos Aires es la espacialidad en donde la ficción de un compromiso ideológico no es creíble, a la vez que el deseo debe enmascararse tras una pantalla familiar. Claramente vemos entonces dos aspectos que refuerzan la visión del exilio como un espacio que para el protagonista de *El común olvido*, al menos dentro de los lindes de nuestro análisis, resulta más cómodo que el del desexilio.

Por otra parte, el llegar a Buenos Aires implica para Daniel un acercamiento a interpretaciones y posturas en torno a los exiliados argentinos en el extranjero que no hubiera sido posible dimensionar desde otro contexto territorial. La dicotomía entre los que se quedaron y los que se fueron, tal como lo pensaba Benedetti a mediados de los 80, sigue ocupando un lugar privilegiado en la nómina de saldos dejados por la dictadura tras su finalización en 1983¹⁰, mientras que la visión “idílica” y casi romántica del exiliado político es puesta cabalmente en

al irse. De algún modo se dio cuenta de lo que hubiera podido ser cuando ya era demasiado tarde para serlo (Molloy, 2012: 58-59).

⁹ Lo que sí entiendo es la libertad que da el exilio al descontextualizar (...) Me pregunto si habría sido gay, quiero decir gay como lo soy ahora después de haber vivido tanto tiempo afuera: a lo mejor me habría casado con una chica de buena familia argentina o inglesa y tendría mis cositas al margen (...) (Molloy, 2011: 162).

¹⁰ (...) la gente acá todavía le tiene rabia a los que se fueron, sobre todo si cambiaron de nacionalidad, por ahí te ponen trabas (Molloy, 2012: 153).

duda luego de entrevistarse con el hermano de uno de los amigos más cercanos de su padre¹¹. La mirada de dos sujetos que habitan en la Argentina de comienzos del siglo XXI –y habitaron la de los 70- parece ser, por un lado, la de reactualizar viejas discordias en torno a las decisiones tomadas frente a la violencia estatal; mientras que, por otro lado, se resalta el cuestionamiento y la difamación de quienes se fueron del país disfrazando con una posición ideológica un afán de lucro. Tanto una postura como la otra encierra una mirada negativa del exiliado en tanto sujeto que difícilmente pueda reasimilarse a su espacio original a causa de la carga negativa que encerró su alejamiento.

El regreso a Buenos Aires, planteado inicialmente como breve y circunstancial, trae aparejado un cúmulo de sensaciones negativas que el protagonista hace evidentes desde el inicio mismo de la primera parte de la novela. Volver implica el retorno a un espacio olvidado del cual resulta dificultoso entrañar algún recuerdo positivo que no sean marcas comerciales u objetos dispuestos como “naturalezas muertas” de una memoria casi rasa en lo que a fragmentos de la vida transcurrida en Buenos Aires respecta. Frente a esta situación, Estados Unidos representa un marco de referencia mucho más concreto, reconocible y sentimentalmente positivo.

Ideas finales

Publicada en 2002, veinte años después de que Mario Benedetti pensara en el desexilio como una instancia propia de su tiempo, *El común olvido*, de Sylvia Molloy, nos invita a actualizar esta noción y a pensarla a la luz de un nuevo contexto de producción con sus particularidades distintivas.

Las complejidades y avatares del fenómeno posmoderno durante los últimos años del siglo XX, entre otras singularidades, dio lugar a un desplazamiento de lo político-ideológico como práctica social y culturalmente legitimada. Así, la lucha revolucionaria y el compromiso político dejan de ser un norte dotado de significado e importancia estratégica en el marco de una sociedad mercantilista, globalizada e ideológicamente apática. A su vez, tras la finalización de los años 80, Latinoamérica asiste al periodo de consolidación de sus democracias y, en consecuencia, la finalización de los gobiernos militares caracterizados –especialmente en sus últimas expresiones- por la violencia y la persecución estatal.

¹¹ Quiero que me cuentes cómo es tu vida en Nueva York, si ves a muchos argentinos. Se fueron tantos de aquí, y no por razones políticas como dicen tantos, eso se exageró mucho. Se fueron por los dólares (Molloy, 2012: 72).

De esta manera, vaciada la sociedad de intereses político-ideológicos y superada la etapa de los autoritarismos estatales, la noción de exilio -y consecuentemente la de desexilio-, usualmente asociada a la idea de una expatriación por motivos políticos, requiere una actualización atendiendo a las particularidades propias del paso entre el siglo XX y el XXI.

Una posibilidad de encontrar nuevos alcances para estos términos es pensar en los exilios-desexilios como instancias caracterizadas por el abandono de la patria por razones que exceden la voluntad del sujeto sin que necesariamente se deba especificar el motivo de dicha partida como requisito *sine qua non* para asumir un exilio-desexilio como tal. A partir de este ángulo, el concepto se torna más inclusivo y responde mejor a las características propias de las sociedades latinoamericanas -y argentina en particular- de posdictadura. Este enfoque habilita también a pensar en un fenómeno característico de la historia reciente argentina vinculado con la salida de ciudadanos a Europa en busca de trabajo a partir de 2001 y la crisis política y económica que devastó al país a partir de ese año.

Si bien la novela que nos ocupa no es narrada desde la perspectiva de la crisis, sí es posible identificar, en la primera parte del texto, a un protagonista asolado por un proceso de desexilio que no resulta heredero de ningún exilio político pero que a pesar de ello pone de manifiesto ciertas conceptualizaciones que desde el lugar de los primeros años del siglo XXI se animan a mirar críticamente y cuestionar la figura de los exiliados políticos de décadas anteriores. Este abordaje difícilmente pueda ser considerado sin atender a las características propias de una sociedad ideológicamente anémica.

Por otro lado, el giro hacia lo individual en desmedro de lo colectivo, que podríamos pensar como uno de los rasgos característicos de la Posmodernidad -a pesar de y por sobre su intención masificadora- se refleja en el protagonista de la novela en tanto sujeto que, carente de un marco identitario estable, desarrolla una trayectoria actancial determinada únicamente por sus deseos -contradichos o no- y sus capacidades para satisfacerlos.

De esta manera, podemos leer el desexilio en una nueva clave que prescinde de lo político-ideológico como factor determinante e invita a adentrarnos en las particularidades culturales, sociales y epistemológicas de finales del siglo XX y comienzos del XXI.

Bibliografía

Benedetti, M. (1984). *El desexilio y otras conjeturas*. Nueva imagen.

_____ (1983, 18 de abril). El desexilio. *El país*. http://elpais.com/diario/1983/04/18/opinion/419464807_850215.html

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta.

Jameson, F. (1999). *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*. Manantial.

Mertz-Baumgartner, B. (2005). Introducción. Experiencias de exilio y procesos de transculturación ¿Dos percepciones de una misma realidad? En *Aves de paso: autores latinoamericanos entre exilio y transculturación (1970-2002)* (pp. 11-19). Iberoamericana.

Molloy, S. (2002). *El común olvido*. Eterna cadencia.

Lipovetzky G. (2002). *La era del vacío*. Anagrama.

Roa A. (1995). *Modernidad y posmodernidad: coincidencias y diferencias fundamentales*. Andrés Bello.

Rodríguez, C. M. (2019). Desexilio y líder carismático en La novela de Perón, de Tomás Eloy Martínez. *Revista Pelicano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Católica de Córdoba*, 5, 133-151. <https://doi.org/10.22529/p.2019.5.09>

Roniger, L. (s.f.). Destierro y exilio en América Latina: Un campo de estudio transnacional e histórico en expansión. <http://www.pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/318-destierro-y-exilio-en-america-latina-un-campo-de-estudio-transnacional-e-historico-en-expansion>

Said, E. (2005). *Reflexiones sobre el exilio*. Debolsillo.

Solernó, J. (2013). Cruzando el umbral de la Modernidad. *Tábano*, (9), 137-154. <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/4736>

Vattimo, G. y Rovatti. P. (1988). *El pensamiento débil*. Cátedra.